

Ángel de Lucas o la honestidad del saber sociológico

Alfonso Ortí†¹

En la brutal represión de toda forma y actividad cultural, ejecutada por el bloque burgués nacional patrimonialista tras su triunfo por las armas en 1939, el pensamiento social libre y la investigación sociológica pública fueron también víctimas del «holocausto español» (Paul Preston). Una sangrienta masacre de cuerpos y conciencias, en aquella catastrófica regresión histórica, forzada –en última instancia– por el mantenimiento de un anacrónico y ya insostenible orden burgués patrimonialista oligárquico; es decir, de la forma de despotismo decimonónico originario de explotación y acumulación capitalista mediante «plusvalías absolutas» y sometimiento de unas clases trabajadoras, privadas de derechos civiles y de todo movimiento asociativo libre, etc. Esta reinstauración y defensa del despotismo oligárquico burgués –en los años del terror de 1930 y 1940– presuponia no sólo prolongar la Dictadura militar como aparato político del nacionalpatrimonialismo generalizado –o Estado de los propietarios–; al mismo tiempo, también implicaba imponer su hegemonía ideológica, de la que el llamado luego nacionalcatolicismo venía a ser en todo caso su segunda derivada. Un designio hegemónico paranoico que, después del gran salto cualitativo conocido durante la II República en las libertades, la cultura, y el desarrollo de la personalidad de las capas medias urbanas y el propio movimiento obrero (como educador necesario de las masas populares), constituía un proyecto ideológico tan reaccionario como quimérico. En su frustración a largo plazo, este proyecto exigía la represión permanente de toda actividad cultural libre (simplemente) progresiva (eso es, ni siquiera progresista).

1. En torno a una visión del mundo generacional: de las contradicciones de la España de los años 50 al despegue y la lucha por una investigación social en libertad

La gran tragedia nacional de la guerra civil del 36, el terrorismo represivo de los vencedores y la miseria económica de los años 1940 golpearon, en definitiva, cruelmente sobre las vidas de millones de españoles. Más aún, constituyeron marcas profundas que iban a pesar sobre ellos con una losa, amarga y frustrante, en esa «longa noite de pedra» (en palabras de un poeta gallego del «exilio interior», Celso Emilio Ferreiro), que para tantos se iniciaba. Pues sólo desde los primeros años 70, a la vista ya, por simples razones biológicas, del fin de la dictadura personal del general Franco, las nuevas generaciones de las clases medias que ahora accedían a la vida cívica, quisieron creerse libres para siempre de las destructivas y corruptoras consecuencias del triunfante totalitarismo guerracivilista. Fueron en todo caso, durante lustros interminables, consecuencias nefastas en todos los procesos y niveles básicos de la sociedad española: las relaciones oligárquicas de clase, ante todo vinculadas estrechamente al propio despotismo político, las carencias de la vida cotidiana, ligadas a ineficiencias y corrupciones del modelo económico, la corrosión de la moral cívica y comunitaria, y por tanto de la misma cohesión social y territorial, el subdesarrollo educativo, la degradación de la cultura, en fin la perversión ideológica y de las relaciones personales, etc. Y sin duda, fueron también, una vez más, las clases populares trabajadoras, tanto las aún extensas masas campesinas –sobre todo de la España del Sur y del Centro– como la clase obrera industrial en formación –sobre todo, en las ciudades del Centro y del Norte–, las que vencidas y desarticuladas, humilladas y reprimidas, sufrieron con mayor dureza y durante más largo tiempo las consecuencias de la reconstrucción y persistencia de aquel orden nacionalpatrimonialista oligárquico, erigido para la dominación, control y mejor aprovechamiento de su fuerza de trabajo.

Pero durante la fase inicial del ejercicio de los años 1940 no sólo la propia libertad de expresión en el ámbito de la cultura era considerada como una transgresión ideológica intolerable del grotesco doctrinarismo totalitario del Régimen, sino que incluso la mismísima libertad de lectura venía a ser tácitamente calificada –al igual que los films sometidos a la censura– como «gravemente peligrosa para todos», sin acepción de su pertenencia de clase. Leer libremente, por muy estrambótico que suene hoy, era una actividad intelectual sospechosa, sobre la que se nos prevenía a los adolescentes que estudiamos en aquellos años el Bachillerato –una pequeña minoría– en los colegios religiosos católicos y apostólicos. Entre otros muchos, puedo dar testimonio de que, por ejemplo, todavía hacia 1956, al manifestar interés por la documentación –folletos, prensa, manifiestos, etc.– sobre la «cuestión social» ¡en la

¹ Universidad Autónoma de Madrid. Artículo de Alfonso Ortí (fallecido en Madrid en diciembre de 2023) sobre la memoria de Ángel de Lucas, y publicado en *Sociología Histórica* N1 (2012) pp. 251-279.

Publicamos este texto, cedido amablemente por esta revista amiga, como complemento del In Memoriam de Luis Enrique Alonso sobre la figura de Alfonso Ortí. Juntos tratan de ser un homenaje y una reivindicación del legado de la llamada escuela cualitativista de Madrid a la Sociología nacional e internacional.

España de 1873!, el propio director de la Biblioteca Nacional –al que me había recomendado mi maestro, el profesor José María Jover Zamora, ya entonces reconocido historiador–, me advirtió de los peligros de desviacionismo que la lectura de aquellos textos podían tener sobre la mente de un joven en formación. Una situación cotidiana de censura ideológica generalizada (digamos) en el propio mundo cultural burgués de los vencedores –aunque, sin duda, siguiesen sobreviviendo muchos «burgueses ilustrados y progresivos», refugiados en la más discreta privacidad–; pero que en cuanto presión para el conformismo afectaba de modo muy personal a los jóvenes burgueses, y aún más, claro está, a los pequeño-burgueses o con menores recursos. Pues aquellas (supuestas) «minorías selectas» destinadas en principio a la reproducción del orden jerárquico existente, vivimos una adolescencia enclaustrada en una auténtica «cámara anecoica» –según ya he escrito en alguna ocasión–, para ser modeladas (según el «lema joseantoniano») como «mitad monjes, mitad soldados» (como por cierto, de hecho, lo eran nuestros profesores eclesiásticos, procedentes en el 39 directamente del frente de batalla). De modo que en un ensayo de quimérica regresión histórica –tanto desde el punto de vista intelectual, como de moral y costumbres–, se nos pretendió retrotraer mucho más allá de la visión del mundo de nuestros propios abuelos «burgueses liberales», a un ficticio siglo XVII «nacional-católico» de «cartón piedra». Proyecto pedagógico de una «razón burguesa armada y militante» que perseguía un ahistórico (e imposible) cierre ideológico totalitario, en un último esfuerzo defensivo del orden oligárquico nacional patrimonialista; pero no por su inviabilidad a largo plazo dejó de tener efectos perturbadores sobre las mentes y los cuerpos de aquellos adolescentes, en su doma elitista (Jesús Ibáñez), grabando en sus mismas entrañas la ley del tirano.

En todo caso, resultaba evidente que la hibernación del desarrollo cultural tan sólo podía mantenerse, como en tanto otros modelos históricos, de tibetanización –mediante la «condicionalidad estricta» de un total aislamiento internacional. De aquí que a partir sobre todo del año 54, la «cámara anecoica» empezase a tener grietas tras el implícito reconocimiento del Régimen por los acuerdos de 1953 con la Santa Sede vaticana y el imperialismo norteamericano, para la cesión (o enfudamiento) de las bases militares–; el más mínimo aperturismo al mundo exterior, iba a suponer la apertura de espacios progresivos de tolerancia cultural, dentro de ciertos límites marcados por los permanentes controles represivos. Igualmente de forma paralela y más profunda en términos estructurales, la mínima apertura comercial e intercambio económico con la propia Norteamérica, en expansión, y con el ya recuperado dinamismo europeo –tras la II GM–, apoyando el inicio del «pequeño desarrollo» español de los años 50 tendría como consecuencia (sólo en apariencia paradójica), la creciente inestabilidad (casi a corto plazo) y la crisis socio-histórica y definitivo hundimiento del modelo autárquico del nacionalpatrimonialismo burgués de los años 40. Pues construido «a sangre y fuego», en contra de las corrientes profundas de la Historia, constituía un orden socioeconómico que tan sólo podía subsistir mediante el ultraproteccionismo estatal. Mientras –a medio plazo–, iba a quedar también demostrado, de modo fehaciente, desde mediados de los años 60, que los valores represivos y denegación de la libertad moral y cultural del nacionalcatolicismo se encontraban estrechamente vinculados a su papel y misión histórica como última cobertura ideológica del propio nacional patrimonialismo burgués. Ya que cuando, abriendo paso a sus «mercancías ociosas» y a la sociedad de consumo dependiente, el ímpetu fáustico del desarrollismo del gran capitalismo corporativo occidental (habiendo consumado su «Segunda Modernización capitalista»), barrió para siempre aquel anacrónico orden social ultraproteccionista del nacionalpatrimonialismo –y su dominio de las almas y los cuerpos de la juventud pequeño-burguesa de los años 40-50, se disolvieron para siempre en la progresiva secularización de la vida social y de la moral, como un cuerpo extraño en la pleamar del consumo hedonista. Porque la secularización de todas las formas de consumo, venía ahora a ser exigida por la ascendente fase en marcha de la nueva forma productiva de acumulación del capital.

De forma paralela, en términos económicos algo más concretos, iba a quedar plenamente demostrada la incompatibilidad del modelo socioeconómico nacional patrimonialista con la libertad comercial. Pues en las nuevas condiciones del desarrollo capitalista occidental, la recuperación en España de una cierta dinámica económica no sólo provocaba profundas tensiones inflacionistas, sino que el más mínimo crecimiento del sistema conducía progresivamente a su asfixia. Fundada la acumulación interna del capital sobre la base del ultraproteccionismo autárquico y de una pequeña producción no competitiva (Fernández de Castro, 1973), así como de un plustrabajo baratísimo, y en parte forzado (mediante prácticas policiales, etc.), la apertura comercial no sólo liquidaba, como es obvio, la coraza defensiva autárquica, sino el propio orden social burgués nacionalpatrimonialista, haciendo emerger nuevas formas de conflicto. Pero cada vez más necesitado el pequeño crecimiento español de los años 1954-56 de importaciones básicas (energía, maquinaria, etc.), la Dictadura franquista, tras la práctica quiebra del estado del 58, se vio empujada –a pesar de la total incomprensión del proceso y de las resistencias personales del propio general Franco–, a abrirse a un intercambio comercial dependiente con las potencias capitalistas occidentales, ya en expansión acelerada.

Al mismo tiempo que la obligada apertura comercial hundía el orden socioeconómico burgués nacional patrimonialista, el cerril Régimen guerracivilista –fundado para su reconstrucción ultradefensiva–, se veía forzado, más que a liberalizar la cultura y la prensa (¡eso nunca!), sí a tolerar, de modo circunstancial, discretos espacios de aggiornamento cultural. Se abría así un dilatado proceso de reiteradas, e imprevistas aperturas de empresas y proyectos liberalizadores desde la base, que solían culminar una y otra vez con iracundos cierres represivos. En última instancia, se iba a ir conformando una situación en la que la publicidad del pensamiento libre seguía estando prohibida –y así continuó siendo, de hecho, al menos hasta el año 76–; pero a la vez el combate por el mismo continuaba desde muy diversos sectores en el espacio constantemente ampliado de la sociedad civil (los medios de comunicación, la Universidad, y la propia acción organizativa de los sindicatos obreros en lucha por su reconstitución, entre la clandestinidad y la progresiva conquista de áreas de tolerancia, etc.). En fin, un lentísimo e interminable proceso –a partir sobre todo de las primeras huelgas obreras de inicios de los años 50 y de la crisis universitaria de 1956–, en una

lucha también permanente y minoritaria por reconstruir espacios de relativa autonomía cultural, que intentaban sobrevivir al acoso policial.

Bastó, pues, la apertura de unos pocos «portillos» de comunicación con el entorno europeo en la amurallada ciudadela del Régimen guerracivilista, intentando evitar el colapso total de la economía española y del propio Estado, para que se generasen procesos de modernización social y cultural. Sin duda, procesos que eran tan limitados en su alcance a principios de los años 50, como aislados y vergonzantes en sus expresiones, sin relación real de continuidad con la gran cultura liberal española del primer tercio del siglo XX. Pero la Dictadura franquista ya no podía prevenir ex ante, sino sólo lograr frenar sus efectos sociopolíticos globales a medio plazo –lo que evidentemente seguía siendo decisivo– mediante la represión policial ex post, en cada caso. Mientras que, de modo muy concreto, la progresiva apertura de fronteras y el aumento de las relaciones con Europa occidental –en fase de recuperación a la vez de la cultura liberal y la prosperidad–, iba a tener profundas consecuencias ideológicas sobre el proceso generacional de reproducción y circulación de las élites.

Pues en los inicios de los años 1950, empezaron a manifestarse actitudes de creciente distanciamiento crítico frente la Dictadura franquista precisamente entre las capas más elitistas e «inquietas» (según el lenguaje de la época) de la nueva juventud burguesa –aquella que había sido sometida a su «doma» o conformación nacionalcatólica en los años 40–. Unas actitudes críticas y exigencias de democratización que pronto iban a chocar con la incompreensión y colérica indignación de los jefes e ideólogos del despotismo burgués establecido, que justamente esperaban de aquella juventud la reproducción de los ya desfasados ideales originarios del Régimen. Situación que Pedro Laín Entralgo (2003), Rector de la Universidad de Madrid, prestigioso catedrático de Historia de la Medicina, antiguo miembro de los llamados «falangistas liberales», y ensayista de referencia de bastantes de aquellos jóvenes, intentó comprender y conciliar inútilmente, según su Descargo de conciencia (1930-1960). Se trataba, sin duda, de muy reducidas minorías generacionales críticas, pero a las que el ridículo elitismo jerárquico del sistema, de forma paradójica, facilitaba el liderazgo en la Universidad –en parte, a través del propio Sindicato Obligatorio Universitario: el SEU–, de las nuevas generaciones de la juventud burguesa y pequeño-burguesa, es decir, de los que siendo entonces niños y adolescentes ya no habían participado activamente en la guerra civil del 36 (al haber nacido, en general, entre fines de los años 1920 y fines de los años 30). Minorías, además, relativamente privilegiadas que se beneficiaban ahora –a partir sobre todo de 1953– de un clima social menos represivo, y de las posibilidades de los primeros viajes y estancias «liberalizadoras» (de la mentalidad y de la moral personal) en los países transpirenaicos (París, Londres, Ginebra... e incluso la ya «desnazificada» Alemania). Eran, en definitiva, jóvenes burgueses, que sin dejar de constituir en su mayoría cohortes continuistas de «universitarios señoritos», habían probado la «fruta europeísta» de una mayor libertad personal, tras su represiva educación de los años 1940. Sus cambios personales iban a promover transformaciones ideológicas más o menos profundas –en ocasiones, no sin angustiosos y silentes dramas de identidad–, transformación a veces más radical y contradictoria cuanto mayores habían sido sus recursos familiares, así como su preparación y/o dotación intelectual –empezando por algunos de los propios hijos de las familias más significativas del Régimen franquista–. Y más aún, cuando el nuevo modelo de profesionalización burguesa, impuesto por la inevitable modernización competitiva en el nuevo marco internacional fomentaba una nueva racionalidad crítica (no tan sólo científico-técnica) por completo en contradicción con los delirantes mitos de la propaganda de la Dictadura franquista en los años 1940.

Poco a poco se fueron así profundizando las contradicciones latentes entre las minorías universitarias, por lo general con mayor ilustración, pero en todo caso con mayor conciencia cívica y democrática, y el inmovilismo del Régimen dictatorial. Unas minorías progresivamente disidentes, y sin duda reducidísimas (hay que insistir) en el océano de la pasiva indiferencia estudiantil, pero al mismo tiempo de un activismo estratégico en la Universidad de los primeros años 1950. Ya que su activismo iba a verse favorecido por la ingenua política «aperturista» del nuevo Ministro de Educación (1951), Joaquín Ruiz Jiménez: un demócrata-cristiano de una familia de la alta burguesía, nombrado por sus vinculaciones con el catolicismo europeo, concordantes y facilitadas por su arraigado idealismo humanista cristiano. Su «aperturismo» ministerial (muy aislado dentro del Régimen) suponía un ensayo de tímida liberalización de la cultura y de la Universidad bajo el lema integrador de «sumar y no restar» (con el apoyo de su también minoritario grupo de intelectuales, como el mismo Pedro Laín Entralgo o José Luis L. Aranguren, entre otros). Pero dadas las condiciones sociopolíticas realmente existentes, aquel arriesgado «ensayo universitario aperturista» no podía terminar sino como finalmente concluyó: con el estallido de las contradicciones del desigual choque final entre el minoritario, pero cada vez más radicalizado, movimiento estudiantil prodemocrático y la contundente acción represiva de las «fuerzas de choque» del Régimen franquista. Y, de hecho, las progresivas contradicciones entre las minorías disidentes y la Dictadura iban a estallar súbitamente en algunas de las mayores universidades del momento (cuya reducida base social y tamaño poco tenían que ver con las actuales). Pues la elitista movilización universitaria –propiciada por la «bienintencionada» política ministerial (con su expresión y cumbre en el Congreso Nacional de estudiantes del SEU de 1953)–, iba a ser «contestada», ya a principios del 56, con el proyecto de un «Congreso (libre) Nacional de Estudiantes», de carácter conspirativo y de orientación subversiva. Entre tanto se había producido un viraje fundamental en los pocos meses que separaron mediados del año 1954 de enero de 1956: ya que tras las manifestaciones estudiantiles patrióticas «pro Gibraltar español» (convocadas en el 54 por el propio SEU... y reprimidas en la calle por la brutal policía del Régimen), las nuevas manifestaciones universitarias de febrero del 56 constituyeron una forma de airado (e insólito) rechazo público y condena directa de la Dictadura franquista.

Narrados bastantes veces desde diversos ángulos (pero más bien poco conocidos, a partir de los años 1960, por las sucesivas generaciones universitarias), aquellos confusos acontecimientos de febrero del 56 culminaron meses

de tensión y agitación estudiantil con la definitiva destrucción de toda expectativa de democratización en el marco oligárquico y férreamente represivo del Régimen guerracivilista del 39. En su versión (digamos) más espectacular, el epicentro de los sucesos del 56 estuvo en el viejo caserón de la Universidad de Madrid (el antiguo noviciado de los Jesuitas), en la céntrica calle de San Bernardo. Ante la creciente marea de asambleas y discursos contra la Dictadura, y el proyecto de unas «elecciones libres» de las Facultades, el día 7 febrero el caserón fue asaltado por las escuadras falangistas de la «Centuria 20 de la Guardia de Franco». Invasión «de castigo» de la Universidad que provocó la sucesión en cadena de las manifestaciones callejeras de los estudiantes, y las contramanifestaciones de los falangistas (del 7 al 9 febrero, en un ambiente gélido), apoyados por los matones de «la vieja guardia», y por la propia policía, en encontronazos más o menos violentos, entre unos y otros, por las calles del centro de Madrid, ante el asombro público general. Lo que dio lugar al cese fulminante por el general Franco de Ruiz Jiménez, como Ministro de Educación, y Raimundo Fernández Cuesta, como Ministro Secretario General del Movimiento; a la vez que la detención, encarcelamiento y condena de prisión (por unos meses) de los más conocidos y audaces activistas universitarios (como Javier Pradera, Enrique Múgica, Ramón Tamames, entre otros, o el sociólogo Jesús Ibáñez²).

Sin embargo, ante el choque con la realidad del orden existente, las visiones y esperanzas del proyecto democratizador universitario de inicios de los años 1950, e incluso su misma represiva oclusión –su «derrota generacional», como la calificaría años más tarde Ángel de Lucas–, no dejaron de tener una significativa relevancia histórica. En primer lugar, desde la perspectiva y esfera más limitada, de la emergencia y primeros balbuceos de la nueva frontera de una reconstruida sociología española, desde el interior mismo de la represiva España franquista, sin apenas influencias de los perseguidos y desterrados sociólogos seniors del exilio, ni de casi fuentes extranjeras. Emergencia de una conciencia y forma de vocación sociológica que constituye el marco global y objeto introductorio de este texto de memoria y homenaje al profesor Ángel de Lucas, recientemente fallecido. Porque para una pequeña fracción de aquellos universitarios disidentes de la que (simplificando) llamamos «generación del 56», estudiantes o recientes licenciados de diversas Facultades, la frustración de su idealizante proyecto democratizador de la sociedad española iba a convertirse en el principio de una reflexión sociológica sobre las bases y condicionamientos de la estructura de clases sobre la que se encontraba edificada la Dictadura franquista. Pues perdidas las esperanzas en una ruptura y transformación democrática directa del Régimen, por la vía de la acción política, se imponía una comprensión más profunda sobre las complejas mediaciones y relaciones del poder social de clase que fundaban toda dominación política. Llegándose así como primera conclusión a que la clase de poder político en una situación sociohistórica concreta –en este caso, la forma de permanente dictadura militar guerracivilista del franquismo–, se encontraba en relación con el poder social de clase del bloque dominante; en este caso: la oligarquización socioeconómica de unas burguesías patrimonialistas peninsulares, sostenidas y «fijadas» por una estructura y concepción de la propiedad característica del siglo XIX, o de la primera modernización capitalista. Lo que en términos (algo simples) ideológicos-doctrinales supuso para esta fracción (pequeñoburguesa) el paso de un populismo prodemocrático al marxismo. Orígenes sociohistóricos y reflexivos de una cierta fracción, a veces denominada (de forma más o menos discutible) «sociología crítica», a partir de los que iba a seguir evolucionando intelectual y metodológicamente.

Tan dilatado proceso de apertura se gestó y avanzó, además, de forma confusísima, plena de contradicciones y paradojas, empezando porque muchos de sus proyectos y acciones surgían desde dentro de las propias corporaciones institucionales del Régimen (globalmente inamovible); esto es, del Instituto de Estudios Políticos, los sindicatos oficiales o «verticales» y de la Iglesia Católica, etc. Lo a que a la vez suponía situarse en el combate por la apertura en una compleja dialéctica existencial, hoy difícilmente imaginable, y que el riesgo de no ser bien comprendida por las nuevas generaciones, si se limitan a proyectar sobre aquella situación histórica abstractas simplificaciones (sin que esto suponga tampoco intentar justificar hoy retrospectivamente ninguna conducta, pues las circunstancias y los retos propios de cada temporalidad concreta entrañan siempre para los sujetos de la acción responsabilidades también concretas).

En segundo lugar, desde una perspectiva global del proceso sociopolítico e ideológico, la crisis universitaria del 56 –a pesar de su insignificancia policial– iba a marcar un momento de profunda y decisiva inflexión en la evolución a largo plazo del Régimen franquista. En ese sentido, los acontecimientos del 56 serían calificados como constituyentes de «un año frontera», por Dionisio Ridruejo, exlíder de la «vieja guardia» falangista, y uno de los políticos

² Cfr. La edición de Roberto Mesa (2006).

más conspicuos de la oposición al franquismo en aquel momento, que se unió, además, a los jóvenes activistas universitarios, y fue igualmente condenado y encarcelado. Una inflexión política, en fin, significativa con respecto al futuro del Régimen, no desde luego porque aquella algarada de unos jóvenes licenciados y estudiantes universitarios «jaraneros» (como el propio Franco dixit), tuviese mayor relevancia y trascendencia política, sino porque vino a constituir el síntoma espectacular de una crisis histórica estructural decisiva: la del agotamiento y ruina final del orden socioeconómico autárquico del nacionalpatrimonialismo, convertido ya por completo en inviable para el propio bloque burgués dominante. De aquí que del 56 al año 1959 tuviese lugar el viraje o reorientación fundamental en el desarrollo del capitalismo español contemporáneo: la de la derrota histórica y forzado abandono del ultra proteccionismo económico de la burguesía patrimonialista nacional para la integración subordinada y alienante en el orden capitalista euroamericano. Pues la crisis universitaria del 56, con el fracaso y fulminante cese del Ministerio de Educación de Joaquín Ruiz Jiménez, y al cierre de su tímida experiencia de aperturismo liberalizador de la cultura y de la Universidad, culminaría políticamente con la liquidación de cualquier ilusión democratizadora desde dentro del Régimen. Mientras la resolución oligárquica de la crisis preservaría la Dictadura personal del General Franco y en general las bases políticas del despotismo burgués, mediante el pacto fáustico de venta del mercado y de la fuerza de trabajo popular, que supuso el Plan de Estabilización de 1959 con la apertura y subordinación a las multinacionales capitalistas. Una anticipada ruptura económica (Ramón Tamames), que al mismo tiempo también anticipaba la futura frustración de una ruptura política plena, definiendo ya los límites de la orientación social y sentido histórico de la Transición a la Monarquía juancarlista, autonómica-burguesa de los años 1976-1978.

La estabilización del Régimen dictatorial, sin solución de continuidad (confirmada entre 1959 y 1963), mediante esta vía y modelo oligárquico burgués de crecimiento, en condiciones de inferioridad y enfeudamiento entrañaba el riesgo, además, de conducir a largo plazo a una mayor alienación transnacional grancapitalista, sin democratizar, en cambio, ni las instituciones públicas, y las relaciones de clase, ni las mentalidades y valores impuestos por el viejo orden despótico nacionalpatrimonialista. Lo que suponía la posible colusión entre las supervivencias del patrimonialismo burgués —el clientelismo y la mentalidad especulativa, los negocios corruptos a corto plazo, el mantenimiento de altos niveles de desigualdad y deferencia clasista, etc.—, con la dependencia (semicolonial) capitalista transnacional de la sociedad española —... con las nefastas consecuencias hacia el futuro, como hoy, tras la crisis del año 2007, que nos sigue atenazando, puede analizarse con mayor fundamento—. Pues contra las expectativas de los «liberales reprimidos» (con mayor o menor buena fe) del bloque burgués, la Dictadura totalitaria contrarreformista y el crecimiento económico iban a demostrarse compatibles a medio plazo.

En todo caso, la continuidad política del Régimen franquista, con todas sus secuelas represivas y corruptoras, no obstante un cierto aperturismo proeuropeo de relajación en materia de «moral y costumbres», conformaba una nueva situación sociopolítica y cultural, determinando una modificación sustantiva del abanico de las distintas respuestas ideológicas. Ya que el viraje sociopolíticos del 59, abandonando cualquier ambigua y mixtificadora veleidad nacional populista en pro del economicismo capitalista legitimado por un abstracto «desarrollismo», liquidaba para siempre cualquier ilusión de una quimérica vía pequeño-burguesa para la democratización de la sociedad burguesa, desde el interior del propio Régimen. Y de tal modo, carecía ya de sentido insistir en la relevancia para la «emancipación popular» del supuesto conflicto entre el nacional populismo pequeñoburgués prodemocrático vs. el despotismo nacionalpatrimonialista gran burgués, cuando, además, el hundimiento/subordinación de la pequeña producción al gran capital, destinaba a la pequeña burguesía tradicional reconvertirse en una capa más de las clases medias altas funcionales. Para una mirada radicalmente crítica a la pretendida confrontación neoregeneracionista entre gran burguesía despótica/pequeña burguesía propopular sucedía ahora la visión realista del enfrentamiento básico entre el bloque burgués y el movimiento obrero organizado. Tras la crítica apasionada del despotismo burgués español por el nacional populismo de Joaquín Costa, aparecía ahora la iluminación del análisis estructural de Karl Marx.

Ahora bien, el proceso de regeneración oligárquica (digamos) de la Dictadura franquista entre 1956 y 1963, mediante el despegue de una modernización gran capitalista autoritaria (en el interior) y alienada (respecto de los poderes económicos del marco occidental), no sólo fue fundamental para la génesis de una (pretendida) sociología crítica (de ese mismo proceso modernizador), orientada, en principio, más bien de forma intuitiva, en clave marxista. Pues la modernización socioeconómica del país constituye también, en general, la plataforma de despegue para la investigación social aplicada (en distintos campos y con diversos enfoques), así como para el lento surgimiento de diversas formas y oportunidades de profesionalización sociológica. Pero el presente texto, dedicado a la memoria de la forja vocacional de Ángel de Lucas como sociólogo, se centra en el marco social específico en el que tuvo lugar originariamente su reconversión de un joven matemático, en activista político —desde la base— antifranquista, primero, para pasar a ser, después, «sociólogo crítico», a la vez que especialista en «encuestas estadísticas precodificadas» —o «cuantitativas»—, y concluir siendo, finalmente, quizá el sociólogo «cualitativista», por excelencia, en la configuración de discursos de los grupos de discusión porque si todo sujeto se forja como persona en tensión dialéctica con las estructuras y procesos sociohistóricos de su época, ¿cómo no va a ser necesario comprender los procesos existenciales en los que se va forjando la visión sociohistórica y la singularidad metodológica de un sociólogo?

2. Forja y trayectoria de Ángel de Lucas como sociólogo: de la matemática al cualitativismo crítico

Al recordar a Ángel de Lucas, su primera imagen —compartida, creo, por los que fuimos sus amigos y discípulos— nos evoca, ante todo, la sencilla naturalidad y la actitud reflexiva de su modo de ser y estar, en armonía con su “forma

de hablar, serena, meditada, y siempre precisa y densa” –como han evocado las profesoras Araceli Serrano y Matilde Fernández Cid, sus más inmediatas colaboradoras en el curso de «Praxis de la Sociología»–. Una imagen carente de cualquier infatuación que, en contraste, me lleva a recordar también las diversas ocasiones en que escuché al profesor Joaquín Ruiz-Jiménez –catedrático de Derecho Natural, Ministro de Educación en el 56, y miembro de una ilustre familia de la gran burguesía– reproducir, no sin modestia personal, una vieja cita filosófica griega: “me esfuerzo en ser lo que represento”. Porque en el caso de Ángel nunca tuvo que esforzarse en conciliar existencia y representación: como ciudadano y profesor, fue siempre lo que representaba, sin ninguna tentación de impostura, con la consciente serenidad de quien acepta las complejidades de la realidad, en una larga trayectoria de desengaños y frustraciones políticas. Lo que no supone que, por el contrario, no fuese en las ocasiones oportunas, capaz de indignarse, con pasión ética, ante el despotismo y la injusticia. En este sentido, le recuerdo también éticamente apasionado en el atardecer del 3 de marzo de 1976, cuando estando reunidos en asamblea más de un centenar de los entonces PNN («profesores no numerarios») de las universidades madrileñas –en la recién construida Facultad de Psicología de Somosaguas– nos comunicaron el asesinato por la policía –siendo Ministro de la Gobernación nuestro viejo y bien conocido Manuel Fraga– de seis trabajadores en una iglesia de Vitoria. Fue Ángel de Lucas quien primero se levantó para pedir que nos constituyésemos aquella noche en asamblea permanente para convocar al día siguiente en todas las Facultades una huelga general universitaria. Así se decidió, con diversas formas de cumplimiento pues mientras algunos trajeron mantas, y otros juegos de cartas, en otros de los corros se discutió sobre la estrategia política de salida del franquismo (el proceso que con el tiempo iba a conocerse como «la Transición»). Aquella noche asistí a uno de aquellos «corros políticos», y pude escuchar, una vez más, a un miembro del PCE (Partido Comunista de España), precisamente futuro Rector Magnífico de la UAM (Universidad Autónoma de Madrid), defender la necesidad en aquel momento de «pactar con la burguesía progresista» (sic). Mientras que experiencias como las de aquella noche me hicieron comprender que para muchos de nosotros, sobre todo, claro está, para los más capacitados para formar parte de las nuevas élites sociales, pactar con la «burguesía progresista» era como pactar con ellos mismos. Por lo demás, aquella «huelga general universitaria» –convocada por Ángel y aprobada por aclamación por la asamblea–, fue al día siguiente desconvocada por los propios partidos y organizaciones de la oposición a la Monarquía juancarlista ya establecida. Como años después me confió el ya fallecido José Vidal Beneyto, portavoz entonces de la clandestina «Junta Democrática», fue en marzo del 76, tras los acontecimientos de Vitoria, cuando la Junta decidió que, en adelante, habría que exigirse la más absoluta unanimidad para cualquier movimiento de masas rupturista. En fin, para el propio Ángel, aquella frustrante experiencia del 76 no debió ser sino una más en una generosa y comprometida actividad política, orientada por una ética solidaria, y en la que puso siempre mucho más de lo que recibió.

Pues Ángel de Lucas fue, sin duda, de entre nuestro pequeño «grúpusculo» (de sobrevenidos y supuestos) sociólogos «cualitativistas críticos» de inicios de los años 60, quien de forma más generosa y reincidente creyó siempre en la necesidad del compromiso político de carácter orgánico. Una disponibilidad para trabajar desde la base de movimientos y organizaciones políticas, que sin dejar de tener en cuenta y criticar las adversas condiciones de la actividad política en cada momento (de los años 40 a este segundo decenio del siglo XXI), quiso confiar siempre, y a veces incluso demasiado, en el posibilismo de la acción comprometida en pro de las alternativas progresistas latentes. Mientras que los sucesivos fracasos y desengaños –en el corto plazo– de las causas en que militó, contribuyeron a conformar su realismo y modestia reflexiva –enriqueciendo intelectualmente («more gramsciano») el “pesimismo de la razón”– en el análisis sociológico del presente, sin renunciar por ello nunca a las nuevas ilusiones del “optimismo de la voluntad”, a largo plazo. Empezando por su misma militancia en el Frente de Juventudes del propio Régimen Franquista, en el paso de los años 1940 a los 1950, en aquellos negros años de desesperanza y cierre totalitario; una afiliación adolescente muy condicionada, en principio, por su medio y vicisitudes familiares, para culminar, finalmente, con su denuncia y ruptura con la inmovilista Dictadura, en torno a 1956.

Con su muerte (el pasado 27 junio de 2012), desaparece (1929-2012) quien ha sido quizás el arquetipo más genuino, relevante y honesto de la vía o corriente metodológica del (a veces denominado) «cualitativismo crítico» en la investigación social. Una alternativa metodológica surgida, de forma viva y espontánea, desde dentro mismo de la España de los años 1950 –y en ciertos sentidos al margen de la academia universitaria–; ya que nació en la larga lucha entonces iniciada por la recuperación de la libertad de la investigación social, frente a su arrasamiento reaccionario por el régimen dictatorial triunfante en la guerra civil de 1936. Procesos desgarradores y trágicos que marcaron la infancia y adolescencia de Ángel de Lucas, y frente a los que con su rebeldía ética y política, en la lucha por las libertades y la ruptura democrática de la (interminable) dictadura, en los años 50 y 60, contribuyó a la vez a abrir las vías de la teoría crítica del orden social y de la investigación empírica concreta. Porque en aquel desigual y prolongado combate frente a la omnipresente represión de toda voz crítica por el Régimen, se fueron forjando las bases originarias de la actual investigación social española. De modo que, de forma si se quiere paradójica, el actual oficio y profesionalización académica del sociólogo tuvo su arriesgada fuente primera, en el caso de España, en aquella forja libertaria de una Razón (que aspiraba a ser) crítica. Una lucha y unos hechos hoy más bien poco conocidos por sus actuales sucesores y beneficiarios: los propios investigadores sociales. Profesionales de hoy de la investigación social seguramente mejor equipados, eficientes y competitivos en muchos niveles técnicos; pero que, hijos de su tiempo, adolecen de los ambivalencias del modelo global del desarrollismo tecnofinanciero capitalista, así como del pacto de «amnesia histórica» de la Transición posfranquista a la Monarquía «juancarlista». Ambivalencias y mistificaciones de ambos procesos que se ponen hoy (2012) en evidencia: el primero de ellos, en la medida en que nos encontramos sufriendo las consecuencias de las corruptoras falacias de sus mitos, de modo de nuevo catastrófico, singularmente, para las clases populares; al tiempo que el pacto transaccional interélites burguesas,

sobre el que se fundó el orden social e ideológico «juancarlista» está alcanzando ya su punto de histéresis crítica. Mientras que frente a ambos procesos, la línea continua de la (pretendida) sociología crítica mantuvo siempre (no sin contradicciones) la denuncia de su carácter alienante.

De aquel viejo combate fundacional, Ángel de Lucas, siempre fiel a sí mismo y leal con todos, era ya uno de los últimos supervivientes, en la modesta dignidad de su jubilación. Esa misma y sobria dignidad personal que ya en vida, y ahora en el recuerdo, nos hizo coincidir a tantos de sus compañeros, amigos y discípulos, con amorosa unanimidad, en la visión de su figura: la de un hombre consciente y reconciliado con su propio lugar, sin infatuación alguna, desde la reflexión ética sobre los hombres y las cosas del mundo, abierto a la alteridad con el «don de la escucha», tan capaz de la admiración personal como de la indignación justiciera, y cuya palabra a/morosa estaba siempre plena de sentido. Una sólida densidad personal, en fin, en la que se fundían de forma coherente –como en muy pocos casos de su propia generación universitaria–, las fases y combates, experiencias y frustraciones de su larga trayectoria, en la que se fue conformando su vocación sociológica y su concepción dialéctica de la metodología y de la praxis del análisis social, a partir del momento en el que adquirió conciencia cívica y proactiva frente al mundo miserable, alienante y represivo de la España de los años 1940 y 50, de su adolescencia y juventud.

Contrastadas por el represivo despliegue de sus múltiples intereses intelectuales, en su trato a la vez tan respetuoso como penetrante con los autores y textos clásicos, aquellas contradictorias y amargas experiencias de su adolescencia y juventud fueron las raíces básicas en que se inspiraron sus densos principios metodológicos. Partiendo de su condición de «niño de la guerra», y con el paso de su adolescencia por el «Frente de Juventudes», un órgano de «domesticación» de las clases populares montado por el propio Régimen como forma e instrumento «seudopopulista», de carácter transitorio en la postguerra de los años 40, en defensa de la misma burguesía patrimonialista a la que por su discurso propagandístico podía parecer contraponerse. Nacido en una familia de la pequeña burguesía tradicional procedente del extremo occidental de Toledo, sobre la que la guerra civil de 36 iba a tener dramáticos efectos desintegradores y depresivos –al igual que en tantas otras familias españolas–, Ángel creció, como muchos universitarios de la «generación del 56», en el centro mismo de Madrid. Su casa se encontraba muy próxima del emblemático edificio de la Telefónica de la Gran Vía madrileña, punto de mira del cañoneo de los facciosos franquistas (como, entre otros escritores, ha recordado Arturo Barea en *La forja de un rebelde*), desde el cerro de Garabitas de la Casa de Campo. De hecho, el edificio del domicilio familiar –en la calle de la Montera–, fue destruido por un bombardeo, y la familia tuvo que ser realojada como sobrevenidos y aún más empobrecidos «refugiados», en su propia ciudad –fatalidad bélica que alcanzó a millones de familias en toda España–. Compartiendo las adversas circunstancias familiares en los desolados años 40 –quizás el decenio más miserable de la España contemporánea– Ángel se vio obligado a trabajar de madrugada en la dura faena de la distribución de periódicos, sin cumplir, desde luego por su edad, con ninguna legislación laboral, ni encaminarse así en absoluto hacia un futuro de acomodo académico. Mientras tanto, estudió el bachillerato, primero, en las Escuelas Pías de San Antón (muy cerca de la Telefónica); para conseguir, después, acceder a una desmantelada, raquílica, y de un ridículo (y también miserable) clasismo, Universidad madrileña de fines de los años 40. Momento en el que Ángel se decantó, como su primera elección vocacional por cursar la licenciatura en matemáticas. Una orientación vocacional que marcaría para siempre su capacidad y sentido para la conceptualización clara y precisa, y para los «conjuntos bien ordenados», en un proceso formalizador del material en presencia de tanta coherencia, como elegancia. Amor y sensibilidad para el «mathema» (como gustaba denominar y matizar el propio Jesús Ibáñez, padre a su vez de quien es hoy, con el mismo nombre, un significativo profesor de Matemáticas para la cibernética, impartidas ... ¡en euskera!, en la Universidad del País Vasco); y que en el caso de Ángel de Lucas promovería, con el tiempo, de modo nada paradójico, la singularidad característica de sus bien ponderados –«more matemáticos»– análisis formalizadores en la reducción dialéctica del contradictorio material discursivo para la comprensión «cualitativa» sociohermenéutica de los «grupos de discusión».

Impartir clases particulares de matemáticas fue también durante los años 50 una parte de su modo de vida, mientras que el movimiento estudiantil «del 56» representó en su trayectoria vital el punto de convergencia entre esta profunda vocación intelectual y su militancia nacional-populista, ya en abierta reconversión como auténtica y activa toma de conciencia cívica antidictatorial. Escenificado en diversas universidades españolas para converger finalmente en el choque directo con la Dictadura, los acontecimientos huelguísticos madrileños del 56, pueden ser considerados al mismo tiempo como el suelo profundo en que arraigó el mito y el combate por una investigación social en libertad, como una de las formas básicas de democratización de toda sociedad. De hecho, en el proceso ideológico de la “generación del 56”, y en el mismo movimiento político, figuraban ya algunos de los que iban a ser renovadores de las ciencias sociales españolas de los años 1960, como el propio Jesús Ibáñez (1928-1992), también procesado y encarcelado, a la vez que excluido de la Universidad y de otras instituciones educativas. Dedicado ya entonces, desde 1958, en ECO, como director técnico, a los nacientes «estudios de mercado» españoles, Jesús Ibáñez sería, en los años 60, el maestro y metodólogo fundador del «cualitativismo sociológico crítico», con la asociación y concurso del propio Ángel de Lucas.

Por su parte, Ángel, compartiendo la sensibilidad y destino de su generación, había ido radicalizando su «verdadero populismo» (Pierre Vilar), desde las filas (populares, que no elitistas) del Frente de Juventudes, para romper con el mismo también en 1956, al proponer como «consiliario» (o asesor político) de su centuria, la reflexión, como «orden del día», sobre el lema “Franco es culpable”. Participó al mismo tiempo en la democratización y desmontaje desde dentro del SEU, para pasar después, de forma consecuyente, y clandestina, a organizar la Asociación Socialista Universitaria (ASU); por lo que fue también detenido, procesado y encarcelado en el año 1962. Pero a la vez sería acusado por sus planteamientos críticos algo más radicales, por otros compañeros del ASU (entre ellos por alguno que alcanza-

ría ser una de las grandes figuras políticas de los años 80), calificándole de “submarino comunista” y excluido de su asociación. Una amarga experiencia más que intensificaría su comprensión y distancia crítica sobre los procesos políticos (y la ingrata deslealtad de algunos); pero que, desde luego, nunca le terminaría arrastrando a ningún (cómodo) nihilismo postmoderno, ni le alejaría tampoco del compromiso personal con todas las causas que creyó justas.

Fue además en el curso de esta lucha política cuando, muy al modo «apostólico» y conspirativo de la época, Ángel de Lucas se incorporó a la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense (como segunda disciplina universitaria), para iniciar su reconversión en sociólogo, sin perder nunca el espíritu de rigor formal de su primera vocación matemática. Próximo además al círculo intelectual, más que político, del (ya) «viejo profesor» Enrique Tierno Galván, al participar desde 1958 en los seminarios personales que el futuro alcalde-presidente de la tercera República madrileña nos impartía en su despacho y domicilio de la calle Ferraz a un pequeño grupo de politólogos y sociólogos in fieri. Ángel se orientó de forma natural, desde el primer momento, hacia la metodología del análisis sociológico. De hecho, «Métodos y técnicas de investigación social» fue la primera asignatura que diseñó tras salir de la cárcel, en la que fue precisamente también nuestra primera colaboración, con un mutuo enriquecimiento intelectual que se prolongaría ya a lo largo de nuestras vidas. Una asignatura instituida en el marco peculiarísimo (1962-1965) de los primeros Cursos de Sociología del Rectorado de la Universidad de Madrid (en cuyo profesorado, junto a figuras senior de las ciencias sociales –del propio Tierno a José Luis Sampedro, entre otros–, iniciamos allí la docencia en la materia algunos relativamente juniors); pero «cursos» que, apadrinados por un Rector –catedrático de Física, y conservador, como era debido– habían sido realmente organizados por una célula clandestina de jóvenes del Partido Comunista. Clausurados por orden gubernamental los «cursos» y expulsados, una vez más, los profesores –con ocasión de la reanudación de los conflictos universitarios en el año 65–, Ángel de Lucas participó en la fundación de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales de CEISA (1965-1969, con diversas denominaciones), igualmente como profesor de «Métodos», para ser expulsado de nuevo de la docencia, al cerrar el gobierno de forma reiterada la Escuela en 1968 y 1969. Nuevas frustraciones o pruebas que para nada afectaron su arraigada vocación hacia el análisis de los procesos sociales, pues sus actitudes y vivencias personales, no sin todas las ambivalencias de su época, respondían en la instancia imaginaria del deseo (siempre idealizante, pero que nos interpela y constituye como sujetos, glosando a Althusser, pero también superando su reduccionismo), a una ética política de la solidaridad, que lejos de ningún profesionismo constituía en sí misma una forma de existencia.

Mientras tanto, dado que la docencia en la Escuela Crítica (tan exigente o más que en cualquier otra Facultad de Ciencias Sociales), era, por supuesto, honorífica, de Lucas sobrevivió como traductor y, en algún momento, también como encargado de la librería Visor. Hasta que, en torno al año 68, Ángel aceptó la oferta de incorporarse al equipo técnico de ECO –uno de los grandes institutos españoles de los estudios de mercado en despegue entonces–. Oferta hecha por Jesús Ibáñez, con el que luego, conjuntamente con José Luis Zárraga, entre otros, pasaría a fundar el Instituto, en principio también español, ALEF. En ambos, por su formación matemática, Ángel trabajó en el departamento de estudios cuantitativos, pero plenamente identificado con la línea de estudios cualitativos abierta por Ibáñez, pasando pronto a realizar también investigación de mercados y de comunicación publicitaria cualitativa mediante (sobre todo) «grupos de discusión». Una forma de análisis que Ángel, desde la perspectiva de una dialéctica realista de lo concreto, por su honestidad, rigor formal y exhaustividad empírica llevó hasta el límite (quizás como nadie que uno, por mi parte, haya conocido). Consecuencias teóricas de esta actividad fueron también los artículos sobre «Publicidad e ideología» (1988) y «Fantasmática de la publicidad» (1990). Mientras seguía la proyección profesional conjunta del grupo del denominado «cualitativismo sociológico crítico» –sobre todo, claro está, a partir de la Transición postfranquista–, Ángel de Lucas –ya con una experiencia enriquecida por sus muchos «trabajos de campo»–, se reencontró, tras casi 20 años, con aquella parte mutilada y perdida de su vocación como investigador social cívico y generalista.

De tal modo, Ángel concluyó, por fin, centrándose en el estudio y análisis global de los procesos sociales básicos (estructura social, migraciones, ideologías y actitudes, educación, trabajo, sanidad, etc.). Estudios realizados (en ocasiones en estrecha colaboración con José Luis Zárraga), para instituciones como el CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas), y otros centros estatales, agencias, fundaciones, etc. Entre ellos, el estudio sobre Actitudes ante la despenalización del aborto (para el CIS, en 1983, en colaboración con quien esto escribe), o el estudio sobre Sociedad rural y juventud campesina (para el Ministerio de Agricultura, 1985, en colaboración con Juan Jesús González). Pero sobre todo, quizás su estudio más personal, y consecuente libro, sea el de Actitudes y representaciones sociales de la población de la Comunidad de Madrid en relación con los censos de población y vivienda de 1991, un estudio en el que Ángel de Lucas (1992) desplegó el máximo su maestría metodológica³. De modo paralelo al reencontro con las cuestiones cívicas, Ángel de Lucas se reincorporó también a la docencia en la nueva y fundacional sección de Sociología (1972), de su antigua Facultad de Ciencias Políticas, para llegar a ser, con los años, profesor titular de sociología en la asignatura «Sociología del consumo e investigación de mercados».

3. La obra de un maestro socrático: el Curso de postgrado «Praxis de la sociología del consumo» UCM (1988-2008)

A la muerte de Ángel, los que fuimos profesores y alumnos del Curso de postgrado «Praxis de la sociología del consumo», en su esquela («El País», 29 de junio de 2012) le recordábamos como «un maestro socrático e irreplicable

³ Una versión resumida en De Lucas, A. (1994).

del que aprendimos la palabra viva y justa sobre las cosas, tan ajena al poder como a la mercancía». En el año 88, Ángel fue también director/fundador de este curso, promovido por los que entonces eran sus propios alumnos de 5º de la licenciatura en sociología, que querían prolongar su especialización contando con su magisterio.

Por sus peculiares características el curso sería finalmente su aportación quizás fundamental al desarrollo, depuración y difusión de la metodología de la investigación social (en especial del enfoque del cualitativismo crítico, etc.). A lo largo de su duración (1988-2008), salieron del mismo bastantes investigadores para trabajar en diversos institutos y centros, marcados positivamente por su magisterio. Por su parte, Ángel realizó también una cualificada labor de extensión metodológica en otros centros universitarios y sociales; en sus últimos años (hasta poco antes de su muerte) sus seminarios de Estudios cualitativos en salud (en la Agencia Laín Entralgo, de la Comunidad de Madrid), en colaboración con el Colectivo IOE (de sociólogos), a cuya formación originaria, al igual que en el caso de otros grupos e institutos, también había contribuido. Porque para Ángel de Lucas la metodología era el alma misma de la investigación sociológica, y ésta un medio más para la transformación social progresiva.

Aquel Curso de Postgrado –«título propio» universitario– de «Praxis de la sociología del consumo», subtítulo como «Teoría y práctica de la investigación de mercados» –en el marco de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid–, fue por su orientación, prácticamente desde el principio hasta el final, un curso sobre la teoría y metodología del oficio de sociólogo, desde la perspectiva empírico-crítica de su praxis concreta. Surgido así (digamos) desde la base de los licenciados, formados en parte por Ángel, y en fase de profesionalización, pronto el curso, por su naturaleza la vez concreta y generalista, se fue abriendo también a otras licenciaturas: Economía, Ciencias de la Información, Filosofía, Políticas, Psicología, Medicina e incluso Ingeniería, etc. Puede decirse, además, que por su libertad de espíritu, apertura teórica, y clima de respeto y colaboración mutua –características que Ángel de Lucas le imprimió–, el curso vino a constituirse como una ínsula comunitarista, reflexiva, relativamente libre, en la que la espontaneidad de todos no excluía el rigor intelectual de los debates.

Al mismo tiempo que su «equipo docente» –así nombrado y libremente conformado por el propio Ángel, que fue su coordinador general y mediador necesario en todo momento–, se incorporó de modo también libre, desde diversas perspectivas, pero con el único interés común de contribuir, compartiendo los debates con todos, a la profundización de la metodología y praxis del oficio de sociólogo. Y en este sentido, el proceso del Curso de Postgrado –«de Ángel», esto es: «angélico» (como decimos a veces con el debido humor)–, nos evocaba de alguna forma el clima social comunitario e ideológico crítico –para algunos de los viejos que participamos en aquella empresa– de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales de CEISA (insólito centro e islote de libertad intelectual, una y otra vez clausurado por el Régimen franquista, entre 1965 y 1969; y del que Ángel de Lucas fue precisamente uno de los fundadores y profesores más representativos, siempre con su misma discreta entrega docente a todos). Mientras que, al igual que ocurrió con CEISA, para que aquellos que se graduaron en la Praxis de la Sociología, entre 1988 y el 2008, el paso por el curso –según dicen muchos de ellos mismos– les abrió nuevos horizontes de saber y marcó para siempre tanto su espíritu profesional como su conciencia cívica.

En fin, en el Curso de Postgrado de Praxis de la sociología se graduaron más de 500 licenciados –en sus últimos años con una creciente aportación de alumnos latinoamericanos–; y que cuando en el año 2007 decidieron realizar un homenaje personal a Ángel de Lucas –como el educador socrático y el formador por excelencia, en la metodología del oficio de sociólogo, que concluyó siendo sobre todo–, llenaron el salón de actos (de unos 200 asientos) del Centro Asociado de la UNED, en el barrio madrileño de Lavapiés. Una sesión que tuvo una asistencia (de tantos y diversos profesionales) –insólita por su capacidad de convocatoria en un medio social tan disperso como el de Madrid–, celebrada –bajo el lema de que «a veces 20 años es mucho»–, con tan viva participación, como admiración y cariño hacia su persona –a la vez que la calidez de aquel acto, como la propia duración del Curso de Postgrado, pueden quizás considerarse igualmente insólitos para lo que fue la norma en aquel tipo de postgrados–. Valoraciones de su magisterio y sentimientos personales en torno a la figura de Ángel de Lucas, en los que coinciden los textos producidos sobre la misma que han ido apareciendo hasta ahora; entre ellos, textos como los de los profesores de sociología de la UNED Antonio Vallejos –“A. de L. generoso maestro de sociólogos” (El País, 6 julio 2012)–, y Javier Callejo –“Ángel de Lucas: maestro de la escucha”– (The huffington post, 28 de julio 2012) o las profesoras de sociología de la Universidad Complutense Araceli Serrano y Matilde Fernández, respectivamente, últimas directora y secretaria del antiguo Curso de Postgrado –en Investigación y Marketing– o, en fin, los de los graduados del curso, José Antonio Carrillo Vidal y Jorge Ruiz Ruiz –sobre «A. de L.», como maestro y pionero de la sociología cualitativa en España–, o la bibliografía de Ángel de Lucas elaborada en el blog «Gestio scire omnia» (sic), etcétera. Pero pienso que lo que habría que destacar, sobre todo en el conjunto de estos textos es, a la vez, la peculiar naturaleza intelectual-emotiva de las semblanzas de Ángel, como la coherencia y el acuerdo general en sus perfiles básicos, como la de un maestro generoso del don y de la escucha.

En mi caso personal, Ángel de Lucas fue también para mí amigo entrañable y maestro de toda la vida desde que nos conocimos en el año 1958, en el despacho del domicilio familiar de Tierno Galván. A mi regreso de Alemania a Madrid, a fines del año 62, nos fuimos a reencontrar –cuando Ángel acababa de salir de la cárcel, detenido por su pertenencia y actividades en el ASU (Asociación Socialista Universitaria)–. Conjuntamente, impartíamos uno de los primeros cursos de sociología del Rectorado de la Universidad de Madrid, sobre «Métodos y Técnicas de Investigación», de los que fuimos todos expulsados en 1965 –los seniors José Luis Sampedro, Enrique Tierno, José Luis L. Aranguren, etc. y los entonces aún juniors–, pasando a formar precisamente la Escuela Crítica de Ciencias Sociales de CEISA. Aquellos cursos iniciáticos de 1963-65, con Ángel, fueron ya un primer encuentro intelectual y metodológico en una colaboración de docencia, estudios e informes sociológicos conjuntos que durarían ya toda la vida. Una razón personal por la que quisiera expresar a la revista Sociología Histórica su generosa hospitalidad para

rendir mi personal homenaje al amigo y compañero que fue para mí un fuerte contraste de enriquecimiento en mi modesta formación intelectual. Ambos, tanto Ángel como yo, tuvimos además la fortuna de disfrutar el común magisterio de Jesús Ibáñez –con el tiempo, catedrático de métodos y técnicas de la Universidad Complutense–, cuya singular apertura cualitativa, hecha de modo muy personal y a contracorriente en 1963 constituyó (por así decirlo) el nudo metodológico que nos unió a los tres para siempre en una misma empresa intelectual. Pero esa convergencia metodológica fue la consecuencia y culminación de nuestra común afinidad ideológica y actitud política en torno a la crisis universitaria de 1956. Un tiempo histórico y una crisis personal que, en fin, cimentó nuestra amistad; pero que a la vez definió para siempre también nuestra común perspectiva sociológica, que pretendió ser teóricamente crítica, a la vez que empíricamente concreta.

Al mismo tiempo, esa generosidad en su trabajo escrupuloso de escucha de todas las voces y comprensión de todas las razones (dentro de sus límites), fue también la misma generosidad y lealtad que tuvo la amistad para Ángel de Lucas. Lealtad y entrega generosa en la amistad que hoy se refleja en las muchas voces de reconocimiento y recuerdo, empezando por muchos de los que fueron sus discípulos (pero que en ocasiones alcanzaba en Ángel incluso un exceso de disponibilidad personal para con los otros y sus intereses, que desde luego no siempre fue justamente correspondido). Fueron en todo caso las virtudes y la flexibilidad que hicieron posible la fundación y prolongación durante veinte años del Curso de Praxis de la Sociología del Consumo. Empezando por el hecho de que la constitución por Ángel y convocatoria del que llamaba «equipo docente» tuvo su primera base y principio en que su invitación a colaborar a cada uno de nosotros no estuvo nunca condicionada por ninguna acepción de status jerárquico académico, sino por la adecuación teórico-ideológica y metodológica con la orientación básica del curso. Una orientación y programa que, además, se definía de modo comunitario con la participación de todos.

La difícil pervivencia durante veinte años de un modesto Curso de Postgrado, que ni tenía prácticamente para el profesorado remuneración económica sustantiva, tampoco significación promocional en la carrera universitaria, sólo fue posible por la dirección de Ángel de Lucas. Una dirección en que también sólo su generosidad con los otros pudo superar el conflicto entre las voces y razones particulares que en todo grupo mínimamente creativo siempre acaban produciéndose. Pues como cuando en el «Curso de Praxis» no existe ningún corsé burocrático que reprima los conflictos, sólo personalidades como la de Ángel consiguen conciliar, con su generoso sentido de la alteridad, las razones y proyectos diferenciales de todos.

En fin, como profesor que supo estimular en tantos jóvenes sociólogos la consciencia metodológica de un análisis social bien orientado, Ángel encarnó, como pocos, frente a la figura del instructor sádico (Deleuze) que imparte reglas, la del educador socrático que ayuda a despertar en cada discípulo la fuerza creadora de su propia singularidad. Pues mientras mostraba el mayor rigor del análisis formal de los procesos concretos (en sus límites), propiciaba la dialéctica imaginativa de la mente y la voz personal de cada uno, liberando (de forma autocrítica) su razón reprimida, para mejor comprender luego (con empatía crítica) las razones de la voz de los otros. Y en este sentido, el magisterio de Ángel empezaba dando respuesta sabia y concreta a la demanda latente o profunda en el fondo de la pregunta personal de cada uno de sus discípulos, al redefinirla de forma explícita en sus términos reales. Por eso mismo, Ángel de Lucas quedará en la memoria de muchos de sus discípulos como un maestro que en lugar de «cercar» las fronteras del saber, cerrando horizontes, iluminaba las palabras como «cruceiros del sentido» de los muchos caminos abiertos hacia la riqueza significativa de lo real en la vida social y personal. Al mismo tiempo, en un mundo como el actual –académico y no académico–, en el que casi nadie escucha al otro, serán muchos también los que recuerden a Ángel como alguien que supo escucharles y reconocerles en su identidad personal, con tanta agudeza como respetuoso afecto.

4. Saber reflexivo y principios de Ángel de Lucas como investigador social: ética de la alteridad y «razón común» en la praxis del análisis sociológico

En último término, puede decirse que esa inteligente y atenta actitud de escucha, con la que Ángel de Lucas respondía a las cuestiones planteadas por sus discípulos venía a ser, en definitiva, una expresión más de su profundo sentido de la alteridad; es decir, del esfuerzo permanente por comprender las razones del otro en su propia circunstancia y en su mismo contexto ideológico. Más aún, la actitud y el saber reflexivo de escucha concreta (esto es, de la complejidad siempre singular de toda demanda y de todo emergente situacional), que caracterizaron a Ángel de Lucas, como persona e investigador, entrañaban una respetuosa ética de la alteridad, vinculada al realismo y a la honestidad personal mantenidos a lo largo de su trayectoria política. Pues más allá de contradicciones y derrotas, perseveró en su lucha personal por contribuir, en los ámbitos en que participó, a una democratización sustantiva (que no simplemente formal o electoral). Lo que, en una España atravesada por tantas contradicciones como desconcertantes cambios y derivas, hizo que Ángel concluyese encarnando una aceptación estoica de la complejidad de lo real, sin cinismo, ni renuncia al compromiso en las causas políticas en las que creyó –en torno a los proyectos de un socialismo radical–, de forma siempre renovada y más o menos idealizante.

En fin, esa honestidad política y ética de la alteridad constituyeron en el caso de Ángel de Lucas quizá la conformación personal más fidedigna y consecuente del “personalismo y comunitarismo ideológico característico especialmente de las fracciones críticas de la (denominada) generación de 1956, que aisladas e incomprensidas en su propio medio social se definieron por su concepción intensa de la amistad como forma de identificación ideológica frente a la ausencia de un espacio político público abierto a la expresión y confrontación de todas las ideas” –como afirmamos en la última publicación de Ángel, conjuntamente conmigo: “En torno a Jesús Ibáñez: la crisis universi-

taria de 1956 en los orígenes de la sociología crítica española” en sus páginas 340-364, del libro colectivo *La generación de 1956* editado por Antonio López Pina (2010)–. Porque frente al cierre político e ideológico del medio personal –que en los años 1950 afectaba incluso a la propia Universidad– la lucha por la identidad y por la reconquista de una mínima racionalidad marcaron a esta fracción sociológica aspirante a crítica –en torno al magisterio y la creatividad metodológica de Jesús Ibáñez– con un cierto sentido de la grupalidad singular, la subjetividad colectiva, y el carácter complejo de toda comunicación social, como raíces y principios del cualitativismo crítico en la investigación social. Dado que, en aquellas condiciones, el grupo de amistad o afinidad profesional e ideológica aparecía como el único lugar posible para un diálogo en libertad, construcción a su vez de una dialéctica de la Razón común. Connotaciones grupalistas que una vez más Ángel de Lucas (digamos que *more matemático*), fue de entre nosotros quien con más consecuencia, pertinencia y precisión cumplió en la praxis del análisis sociológico.

Especialmente ese don de la escucha y comprensión concreta de la singularidad del otro, en cuanto se expresa de forma dialógica puede considerarse como la nota más distintiva de la praxis del análisis de la subjetividad colectiva de los grupos de discusión de Ángel de Lucas, al mismo tiempo que de su labor de educador y formador de jóvenes en la metodología de la investigación social. Una formación que, partiendo del énfasis en la modestia reflexiva de todo saber sociológico, establecía como primer postulado que el reconocimiento de la singularidad y las razones del otro, empezaba por el reconocimiento autocrítico de las razones propias, y la puesta en suspensión de las propias visiones y juicios, para salir al encuentro de la complejidad (inagotable) de lo real. Mientras que en un plano (si se quiere) más técnico aconsejaba, en el mismo sentido, que el trabajo de análisis debía ser hecho también con el reconocimiento de la propia singularidad (y limitaciones) de los “hábitos intelectuales de quien analiza y de su propio nivel de formación teórico-metodológica”.

Este reconocimiento de la modestia y relatividad de la posición de partida de todo intérprete, de sus modelos teóricos e incluso de sus prácticas concretas y recursos tecnológicos, respondía a la honesta concepción del saber sociológico de Ángel. Modelos y recursos propios, antes de un saber sobre la realidad social históricamente situado (pero no por ello arbitrario) que de una ciencia (objetivadora según el modelo físico-matemático, etc.). Pues en los planteamientos de Ángel si la ciencia (físico-matemática) presupone una intersubjetividad abstracta (de un círculo cultural experto, etc.) y aún una cierta definición categorial de sus contenidos teóricos que aspira a eliminar la incertidumbre, la noción de saber social se vincula a un proceso de conocimiento teórico-empírico, bien formalizado pero reflexivo y siempre abierto, sobre la Razón común –como he de exponer– de subjetividades colectivas en permanente proceso dialéctico de transformación. De tal modo que en el trabajo de análisis –concretando para mayor claridad– del material ideológico de las discusiones de grupo, por ejemplo, para Ángel de Lucas el proceso de formalización (conducido de forma exhaustiva hasta la misma expresión diferencial), precedía a la reinterpretación global de un texto colectivo como haz de discursos virtuales o posibles; pero a través de un proceso de escucha también atentísimo en el que su reducción dialéctica final concluyese considerándolos como la expresión situacional de contradicciones reales. Y, en este sentido, el saber social se reconstruye constantemente en su propia praxis concreta que pone a prueba tanto los modelos teóricos de partida como las categorías formales de inicio del investigador/intérprete: ya que la praxis sociológica viene a corresponderse, como pocas otras, con la vieja definición aristotélica que transforma a la vez (en mayor o menor medida) al sujeto y al objeto.

De aquí que, por eso mismo, Ángel de Lucas –en sus notas personales para la didáctica metodológica– afirmase que “no hay modelo formalizado generalizable a cualquier investigación social” reconstruyéndose así en cada una, de forma racional y concreta, –es decir, teórico empírica–, los procesos formales e interpretación de modo praxeológico, esto es: teniendo en cuenta los propios fines de la investigación. Versión metodológica, en fin (si se quiere) de la metáfora (tan gastada a pesar suyo) del “caminante no hay camino, se hace camino al andar” de Antonio Machado (un poeta tan querido y entrañado para Ángel de quien, con su gran memoria formal, conocía y recitaba muchos de sus poemas). De tal modo que más que simplemente de modelos abstractos de saber social, para Ángel de Lucas habría que hablar quizás de procesos metodológicos de modelización enriquecidos por sucesivas aperturas históricas de nuevos niveles de conocimiento. Porque todo modelo y praxis concreta de investigación, –y especialmente, claro está, la social– se inscribe en el universo teórico-ideológico de una temporalidad histórica también concreta. Lo que es un hecho que la mentalidad tecnocrática pretende ignorar o incluso denegar. Cuando sin necesidad de hacer referencia a las «revoluciones científicas» exaltadas por Thomas S. Kuhn, el proceso teórico y la aparición de nuevos enfoques metodológicos y técnicas aplicadas ponen en cuestión, una y otra vez, la abstracta infatuación tecnocrática del carácter ahistórico y (supuestamente) definitivo de cualquier *the best one way* taylorista. Una pretensión de eterna o milenaria dominación del «único y mejor» modelo (y del poder monopolístico de los especialistas que lo usufructúan) burlada, en fin, una y otra vez –especialmente en el campo de las llamadas «ciencias sociales»– por la hegeliana *List der Vernunft* (o astucia de la Razón) que gobierna irónicamente la Historia. Lo que acabamos de comprobar, igualmente una vez más, con la reducción al ridículo de la infatuada mentalidad tecnocrática economicista, por la irrupción subversiva de la brutal crisis de 2007 (de cuyo fatal advenimiento no quisieron enterarse precisamente los teóricos y beneficiarios del modelo de financiación totalitaria de la vida social, impuesto en los reaccionarios años 1980).

Y en este sentido, en contraposición a la abstracta reducción del proceso metodológico a fórmulas tecnocráticas y neutrales (pretendidamente universalistas) de cualquier «best one way» (taylorista), la praxis del análisis sociológico de Ángel de Lucas implicaba con el mayor rigor conceptual, y la mayor honestidad, la consideración de cada estudio como una demanda y problema singular y concreto. Pues cada estudio era objeto, para Ángel, de un planteamiento e introducción metodológica *ad hoc*, que tenía en cuenta sus distintos niveles de enfoque y elementos sustantivos, mientras se entregaba al mismo con un compromiso personal y total generosidad. Artesano del análisis sociológico, Ángel

más que realizar estudios los vivía plenamente. Resulta difícil resumir, los principios y el despliegue concreto de su trabajo de análisis (lo que exigiría, al menos, un pequeño «tratado»); pero sí quisiera destacar la unidad profunda en sus enfoques (para nada abstracto y neutralista) entre los fines de cada investigación y los medios, es decir, los métodos o sentidos últimos de los caminos de observación, producción de los datos, y análisis conceptual constructivo de los hechos, desde el punto de vista siempre de una prognosis dialéctica. Perspectiva metodológica y diferencial de cada estudio que, en el nivel más superficial, puede ejemplarizarse con su precisa distinción entre las técnicas cuantitativas (producción de unidades *ex ante*, mediante un protocolo cerrado, y un proceso sin sujeto, etc.) y las prácticas cualitativas (con la presencia de un sujeto praxeológico, con fines conscientes, que orientaban las configuraciones significativas, *ex post*; actitudes, simbolizaciones, imágenes, etc.). Una distinción y articulación que respondían en el planteamiento de Ángel al rigor formal de operar analíticamente siempre con «conjuntos bien ordenados», (fueran «cuanti» o «cuali»), desde el punto de vista formal, pero que tenía siempre en cuenta y desembocaba en la reintroducción de los fines y la posición del sujeto en el momento dialéctico de las conclusiones y prognosis.

De aquí que distinguiendo con pertinencia y precisión siempre niveles y momentos, el proceso metodológico de Ángel de Lucas fuese un proceso profundamente unitario –en la línea abierta por Jesús Ibáñez, en los años 1960–. Proceso en el que se fundían fundamentalmente –en el caso de Ángel–, la lingüística, el psicoanálisis y la antropología, en el marco global dialéctico del materialismo histórico. Una fusión que se correspondía, también en Ángel, con su profundo y amoroso conocimiento de sus clásicos: de Marx, Nietzsche y Freud a Saussure, Benveniste y Ricoeur. Y con la que se privilegiaba siempre la palabra, como un universo que recreaba y profundizaba la reinterpretación (como destacan en el artículo en su memoria las profesoras Araceli Serrano y Matilde Fernández Cid), palabra enriquecida para los demás, al modo generoso y entregado de auténtico maestro (como subraya el profesor Antonio Vallejo); y, en fin, primacía de la palabra como universo vivo, con la que se correspondía su don de la escucha (como también ha señalado el profesor Javier Callejo). Una escucha, profunda e inagotable, de los clásicos, de las demandas de los otros y de lo real en que se concretaban, como principios metodológicos, las viejas raíces de su ética solidaria de la alteridad.

Pero concepción ética que, por su propio origen político (irrenunciable), poco tenía que ver con la versión actual (indiferentista) de la «tolerancia liberal». Por el contrario, en Ángel esa capacidad (respetuosa hasta el escrúpulo) de dar la voz a todos y cada uno, de escuchar de todos sus voces y razones –por la que empezaba su comprensión de los grupos de discusión–, se escribía, finalmente, con su concepción dialéctica de la Razón común –título del libro de la edición crítica del Heráclito, del filólogo y filósofo Agustín García Calvo (1985), en el que el propio Ángel nos introdujo a muchos. Pues en el fragmento del filósofo griego nº 4 (según el orden interpretativo y traducción de García Calvo), Heráclito afirma sobre la Razón común: “Por lo cual hay que seguir a lo público: pues común es el que es público; pero siendo la razón común, viven los más como teniendo un pensamiento privado suyo”. Un texto que Ángel interpretó a su vez como la concepción dialéctica misma del «grupo de discusión» en cuanto expresión de la Razón común.

5. Bibliografía

- De Lucas, A. (1992): “Los censos de 1991: un test para la democracia española”, *Economía y Sociedad, Revista de estudios territoriales de la comunidad de Madrid*, nº 10, junio de 1994.
- De Lucas, A. (1992): “Actitudes y representaciones de la población de la Comunidad de Madrid en relación con los censos de población y vivienda de 1991”, Madrid, Consejería de Economía-Departamento de Estadística. Disponible en: <http://www.madrid.org/iestadis/fijas/informes/descarga/actitudessociales.pdf>
- Fernández de Castro, I. (1973): *La fuerza de trabajo en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- García Calvo, A. (2010): *Razón Común. Heráclito*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- Lain Entralgo, P. (2003): *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg [e.o. 1973]
- Mesa, R. (2006): *Jaraneros y alborotadores: documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense.